

# EL SEÑOR DE LA RUEDA

Gabriel Bermúdez



El planeta, visto desde el espacio, presentaba interminables cruces de carreteras, sin que apareciese ciudad alguna. Los caminos, como una constante infinita, se cruzaban entre sí, formaban nudos, se conectaban unos con otros. Y sobre ellos corrían los castillocar, con las flámulas ondeantes al viento, las lanzas en la terraza, y los caballeros y damas justando o divirtiéndose sin cesar. Jamás se detenían, ni de día ni de noche. En las mesas de los vehículos, el hidromiel se derramaba de las jarras de peltre mientras las damas, con los vestidos más provocativos, asediaban a los caballeros y los sangrantes filetes de buey humeaban en las mesas, y la espumeante cerveza desaparecía en las reseca fauces. Los criados mecánicos esperaban para cumplir el más pequeño deseo de sus amos, y los motores rugían en la noche sin cesar. Bajo la égida del misterioso rey Arturo hacía ya generaciones que las cosas eran así. Pero la tenacidad de uno de esos caballeros, Sir Pertinax le Percutens, llega a desvelar el misterio de esa vida en continuo movimiento sobre las rutas interminables.

¿Qué era realmente lo que sucedía en este planeta perdido en el confín de la galaxia?

## Presentación

Hay que tener un cuidado exquisito cuando se presenta un clásico y *El señor de la rueda*, en el ámbito de la ciencia ficción española, evidentemente lo es. No se trata de una cuestión de respeto ante la «magna obra», no. La «magna obra» tiene que ponerse a trabajar con cualquier lector que se asome a sus páginas y ganárselo como hizo aquel primer día en que salió a la venta hace veinticinco años. El peligro viene de la tendencia a suponer que, en un clásico, el argumento, los personajes o incluso el desenlace, son de conocimiento común y pueden, por tanto, abordarse impunemente al glosar la novela en cuestión. ¡Terrible práctica es ésta, que hace que el lector se entere de quien amará, traicionará, o desaparecerá de la historia, antes ya de empezar el primer capítulo...! ¡Y pensar que el autor se dejó las neuronas intentando presentar los acontecimientos con un determinado ritmo y de una concreta manera...! Reflexiones aparte, lo cierto es que *El señor de la rueda*, merece un cuidado especial a ese respecto, puesto que la novela de Bermúdez, además de tener en la intriga uno de sus atractivos fundamentales, va creciendo literariamente hasta cumplir expectativas bastante más ambiciosas que las planteadas en principio.

Cuando el lector se asoma a sus primeros párrafos, el siervo cibernético del joven Peter Le Percutens despierta a su señor pocas horas antes de que comience la ceremonia en que éste será armado caballero. A partir de entonces se despliega ante nosotros una parafernalia de castillos feudales rodantes o «castillocares», carreteras sin fin, tules, arma-

duras, duelos, blasones y códigos de honor, tan hábilmente tramada, que casi llega a hacerse creíble esta extraña mezcla —sazonada con humor grotesco— de novela de caballería y *road movie*. De inicio el lector está convencido de asistir a una ingeniosa parodia. Cuando un Sir Pertinax adolescente reflexiona sobre cómo utilizar los puntos ganados en sus enfrentamientos con otros caballeros para conseguir dormitorio, biblioteca, chimenea... el perfecto apartamento de soltero, parece que estamos ante una comedia juvenil de emancipación y paso a la edad adulta. Pero, según se recorren páginas y kilómetros, surgen las dudas sobre qué demonios se está parodiando... ¿El género artúrico?, ¿la cultura del vehículo privado?, ¿se trata de una antiutopía?, ¿es simplemente una humorada?... Se suele decir que *El Quijote* era inicialmente una burla de la novela de caballerías y que luego el vigor de sus personajes, el genio de Cervantes y el afecto que el hidalgo manchego supo despertar en su creador, la alzaron al cenit del género novela. Sir Pertinax Le Percutens no es Don Quijote. Más cerca está de los parodiados Amadises y Esplandianes —espejos de la caballería andante— que de quien los satiriza, pero *El señor de la rueda*, como novela, permitiría quizá hacer cábalas sobre un proceso de crecimiento semejante. Ciertamente, también es una novela sobre la manipulación..., pero sobre su argumento no sería prudente descubrir más. Ya opinará el lector.

Como novela de aventuras fantásticas *El señor de la rueda* funciona, además, muy bien. Resulta de un mérito casi inverosímil que una construcción cultural tan disparatada como este mundo feudal de carretera, aguante un recorrido de más de doscientas páginas sin descomponerse como chatarra. Eso es marca de la casa. Gabriel Bermúdez posee esa envidiable cualidad que permite que, una vez dadas las premisas fundamentales de una cultura —tan arbitrarias o absurdas como el autor tenga a bien— la acción se desarrolle en ella con naturalidad y manteniendo su co-

herencia interna. Y, de paso, entre peripecia y peripecia, el autor deja cuestiones nada banales flotando en el aire: ¿hay una ética universal, que permite considerar absurda o cruel esa cultura? ¿Sir Pertinax es un salvaje o, por el contrario, extremadamente ético, civilizado y moral? ¿Tiene *El señor de la rueda* —a la vista del capítulo final— algo de «rechifla religiosa»? Ignoro si *El señor de la rueda* es portador consciente de alguna tesis ideológica concreta. Me inclino más a pensar en valores siempre presentes en la narrativa de Bermúdez, que pueden rastrearse en otras novelas y relatos suyos: el relativismo, la complejidad de lo existente e incluso una cierta visión paradójica de la realidad.

Hay, además, otra cuestión que no se puede obviar si se habla, como es el caso, de un hito dentro de una determinada temática literaria: la de su repercusión en el ámbito narrativo que le es propio. Cuando aparece *El señor de la rueda* —segunda mitad de los setenta— la ciencia ficción está en España conociendo los tímidos inicios de un buen momento comercial. Hay un ligero incremento de títulos, un cierto fandom y público interesado. Los grandes clásicos como Asimov, Clarke o Bradbury comienzan a ser publicados en colecciones generales de literatura de bolsillo, lo cual proclama su reconocimiento fuera del ámbito específico de la ciencia ficción. Lo que sí es bastante magro por aquellos días es el número de cultivadores del género en español. Y aún más escuálido el aprecio que el lector español demuestra por sus escritores. Si los aficionados a la ciencia ficción son unos pocos miles y los que integran los círculos activos que comparten afición —fandom— tres centenares; nuestros escritores son casi desdeñados por esos primeros miles, criticados por la mitad de los trescientos siguientes y venerados por el centenar y pico de fandom restante. En ese panorama *Viaje a un planeta Wu-Wei* (1976) aparece en Acervo, una de las más prestigiosas editoriales de las que editan ciencia ficción en España. Desde el primer momento, *Viaje a un planeta Wu-Wei* pasa a ser

novela de referencia en ese campo y su autor, desde luego, uno de los grandes. Un par de años después son editadas *La piel del infinito* (Dronte, 1978) y la novela que tienes entre las manos: *El señor de la rueda*.

Editada tras el éxito de *Viaje a un planeta Wu-Wei*, *El señor de la rueda* aparece, en esta ocasión, en el corto catálogo de una colección realmente innovadora: Albia Ficción. Imagínense... Las colecciones serias de ciencia ficción presentan un ochenta por ciento de autores anglosajones. Albia, en su decena o así de títulos, publica sobre todo españoles, franceses, algún ruso y, que yo recuerde, sólo a un par de anglosajones. No duró mucho, pero sí lo suficiente para que la segunda gran novela de Bermúdez entrara en liza. Lo cierto es que, finalizando los setenta, la ciencia ficción española tiene sólo, aunque al menos, cuatro novelas y tres autores sobre los que discutir. Serán, por muchos años, candidatos a mejor novela y mejor autor español de ciencia ficción de todos los tiempos: Tomás Salvador con *La Nave*, Domingo Santos con *Gabriel*, y Gabriel Bermúdez con *Viaje a un planeta Wu-Wei* y *El señor de la rueda*. Pocos años después se sumaría al panteón de clásicos Rafael Marín Trechera con *Lágrimas de Luz* (1984). Estos cuatro y esas cinco estaban en todas las quinielas, y dos de ellas eran de Bermúdez.

Con las dos novelas comentadas, Gabriel Bermúdez Castillo (1934), para casi todos, se coloca primero en el escalafón español de la ciencia ficción «seria» —es decir de calidad literaria y con ambiciones—. Afirmar que esto se debió a su categoría como escritor es decir poco y, al mismo tiempo, minusvalorar desdeñosamente a sus posibles rivales. No hay tal, pero lo cierto es que en aquellos días —espero que se me entienda bien— nuestros escritores «serios» eran muy poco divertidos y nuestros escritores divertidos, muy poco serios. En Gabriel Bermúdez, —*El señor de la rueda* es buena prueba de ello— se reúnen dos corrientes hasta entonces excesivamente separadas: la narrativa y

la especulativa. Es un buen fabricante de historias y concibe relatos que a uno le interesa conocer; y los expone con originalidad y buena técnica. Además, entre sus hilos argumentales, tramas, subtramas, diálogos y personajes, se deslizan ideas complejas y a menudo muy poco ortodoxas. Por si fuera poco, es divertido, ya que sabe que la «retranca» puede formar parte de cualquier manera válida de contar las cosas. Y suena distinto, porque trae a la ciencia ficción española exotismo castizo —o identidad cultural propia, denomínese a eso como se quiera—. Lo cierto y paradójico es que, acostumbrados a lo anglosajón, «regüeldo» o «Juan» sonaron por aquellos días mucho más exótico que John o NASA.

Tras aquellas tres novelas, precedidas en el año 1971 de una recopilación de cuentos *Mundo Hokum*, habrán de pasar nueve años hasta que podamos disfrutar de su barroca, enloquecida y brillante *Golconda* (1987). En el intervalo, parece ser que quedó inédita una larga historia aún no suficientemente perfilada. Desde ese *Golconda* hasta nuestros días, Bermúdez se ha hecho presente publicando al menos en cuatro ocasiones; la más reciente, *Demonios en el cielo*, tan sólo hace un par de años. En él disfrutamos, por tanto, de un clásico que sigue en la brecha. Quizá desde hace años, al primero del escalafón. Afortunadamente hoy tenemos un par de docenas de buenas novelas para jugar a las clasificaciones, y no menos de un centenar de relatos que considerar a los mismos efectos. Si *El señor de la rueda* era una de las cinco imprescindibles de hace veinte años, ahora, con más campeones con los que justar, sigue estando entre las más destacadas novelas españolas de ciencia ficción de todos los tiempos. Y permanezcamos atentos, Bermúdez aún no ha escrito su última palabra...

Alfredo Lara López

# I

## De cómo Percutens fue armado caballero

Al amanecer, el meanoservus llamado Mágico acudió, renqueando, para despertar a su joven amo Peter. Su liso rostro de metal, con sensores incorporados, no podía mostrar expresión alguna, aunque estuviera dotado de circuitos de sentimientos. Y esos sentimientos, en este instante crucial en la vida del joven Peter, se centraban sobre dos polos principales; por un lado, la satisfacción de que un muchacho de diecinueve años tan sólo hubiera dominado todas las disciplinas que eran precisas para ser armado caballero; por otro, una sensación de dolor, porque probablemente el padre de Peter, el caballero Sir Agavance le Percutens, le entregaría como dote otro meanoservus más joven que él mismo y más ágil de movimientos. De nada iba a servir la experiencia acumulada por Mágico a lo largo de tantos años de servir a la familia Le Percutens; lo que el joven amo iba a necesitar en el futuro no era un viejo preceptor, sino un meanoservus apto para efectuar rápidas reparaciones y tomar todo lo preciso de los asteroides en el mínimo espacio de tiempo.

Con un crujido de sus juntas metálicas, el meanoservus se detuvo junto a una de las ventanas de vidrio blindado. Pudo ver que el castillocar corría a escasa velocidad, quizá no más de cuarenta kilómetros por hora, y se imaginó que ello tenía por objeto facilitar que los castillocar de familiares y amigos pudieran alcanzar al de Sir Agavance, para



asistir a la armadura del joven Peter, y su posterior toma de posesión del patito.

Vio pasar, siempre gris, la cinta de la carretera elevada sobre el terreno. A lo lejos crecían aquellas protuberancias verdes llamadas árboles, y surgía alguna roca agreste de la tierra fértil. Desvió la vista. Aun cuando no era obsceno el contemplar la tierra, se consideraba como una inconveniencia de no demasiado buen gusto.

El castillocar tembló ligeramente sobre alguna ondulación del firme de la carretera, y Mágico apoyó su mano de pulido bronce en la agarradera que había bajo el vidrio. Después, cuando el gran vehículo volvió a recuperar su suave marcha, abrió respetuosamente la puerta de la alcoba del joven amo Peter.

Ya que un mecoservus no necesitaba dormir, le había vigilado durante la noche. El joven había tardado en dormirse, y a las tres de la mañana Mágico le había visto, a través de la puerta medio cerrada, sentado en la cama y repasando ávidamente el Código de Circulación. No era probable que le preguntasen nada de eso, ni tampoco de los otros libros de caballerías, como el Manual de Conservación y Reparaciones, el Manual de Cortesía en Ruta, o el grueso volumen llamado Lista General de Implementos Disponibles. Había oído decir que en los viejos tiempos, cuando se unían varios castillocar en la gran sala central, los caballeros más allegados al que iba a ser armado le sometían a un ligero examen. Actualmente esa costumbre, como otras muy bellas, se había perdido por completo. El paterfamilias, en este caso Sir Agavance, imponía la dignidad a su hijo o sobrino, y después de la corta celebración, le permitía pasar al patito que el propio neófito había ido ganándose con su trabajo.

En este instante el joven amo Peter, que pronto dejaría de llamarse así, dormía felizmente con los puños muy apretados en el borde de la cobija de damasco. En el suelo yacían los libros que el muchacho había estado repasando

hasta última hora, pues aun cuando no hubiera examen, el joven Peter se caracterizaba por un excesivo sentido del honor que ya le calificaba sobradamente para poder circular a solas. Durante unos segundos, Mágico contempló aquella estrecha habitación donde Peter había pasado su vida; las banderolas colgadas en las paredes, clara señal de sus triunfos deportivos; los pequeños escudos de bronce, con un simple esmalte que indicaba la rama guerrera o manual en que más había destacado. A los pies de la cama, cuidadosamente guardado en una funda de seda, estaba el escudo que Peter había elegido, y que constituía una ligera derivación del de su padre. Mágico se lo sabía de memoria, pues no en vano había ayudado a diseñado, y lo había hecho construir por el mecanoservus Apenato. Era cortado, y traía en jefe en campo de gules, un martillo de argén, y en campo de sinople faja almenada de oro. Ciertamente; una cosa muy sencilla, y por tanto, muy adecuada para el temperamento modesto del joven. Ya habría ocasión, con las indudables victorias futuras, de que el número de cuarteles, cargas, timbres y listeles aumentase.

Se acercó al lecho, respetuosamente, temiendo que el chirrido de sus miembros ya algo oxidados despertase de forma desagradable a su joven amo. Pero no fue así; Peter dormía con el pesado sueño de la adolescencia. Puso suavemente la mano de bronce sobre uno de los nervudos puños aferrados a la sábana de damasco.

—Amo Peter —dijo, con la voz más suave y baja que sus registros fónicos pudieron dar—. Amo Peter. Despiértese. Son las ocho de la mañana, amo, y la ceremonia es a las nueve.

Peter abrió los ojos lentamente, tal como un caballero debe hacerlo, sin brusquedades ni violencias. Una vez más, Mágico quedó admirado ante la profunda negrura de aquellas pupilas, sobre las que caía alguna crencha del dorado cabello. Como todos los mecanoservus, tenía en sus

circuitos uno que motivaba siempre una ligera envidia hacia el hombre, por ser precisamente como era.

—Hola, viejo Mágico —dijo el joven—. ¿Estás nervioso?

—Algo, mi señor —contestó el mecanoservus—. Para ti y para mí es un día grande éste.

—Así es. Dame la veste, viejo. Ve preparando las ropas mientras me lavo.

A pesar de sus años de servicio, Mágico continuaba sintiéndose horrorizado cada vez que veía un ser humano desnudo, recubriéndose de agua por todas partes. De sobra sabía que este líquido mortal, generador de orín y óxidos, era inocuo para los humanos, lo cual constituía, sin lugar a dudas, otra prueba de su innata superioridad. Pero Mágico amaba a su amo, lo amaba profundamente, como a ninguna otra cosa en el universo, y no podía evitar el pensamiento de que si algo fallase... si alguno de los complicados mecanismos que los humanos debían tener para que el agua no les perjudicase perdiera su función y cayera en avería... El solo pensamiento de que una tal desgracia pudiera acaecer al joven amo bastaba para paralizar las reacciones en sus cables de conexión.

Preparó, amorosamente, la sobreveste de seda roja con borduras de oro y las armas de la familia en el lado diestro del pecho. También el jubón y las calzas, de un atinado tono de verde, estaban allí. En realidad, todos los trajes de Peter, incluyendo la armadura de tres capas (amianto, acero al vanadio y esmalte ignífugo) estaban ya en el patito. Sólo quedaba aquí éste, que era el de ceremonia.

Peter surgió del diminuto lavabo, y Mágico se retiró, temeroso de que alguna de las gotas de agua le salpicase. Tembló al recordar lo que el mecanoservus Fidelis había contado en la cocina; al parecer, algún caballero malsín se había divertido en otros tiempos sumergiendo los mecanoservus de su enemigo en un baño de agua. Rezó al dios metálico, en su interior, para que tales cosas horribles no volvieran a suceder.

Con lentitud no exenta de solemnidad, Mágico vistió a su amo. Después, colocó sobre su cabeza el aguzado gorro de caballero, de fieltro color carne, con una sola pluma roja, larga y airosa. Dulcemente, Peter se lo quitó.

—Aún no es hora, viejo Mágico. Gracias por tu intención... pero aún no es hora.

En el interior de Mágico vibraba una terrible pregunta, que nunca se atrevería a hacer. «Amo... ¿qué mecanoservus elegirás para tu servicio?». Era hasta impensable, casi una obscenidad, imaginarse siquiera que pudiera preguntar aquello al joven amo. Y no lo hizo; se limitó a suspirar, mientras ajustaba el ceñidor de placas de acero en torno a la cintura del muchacho. Seguramente elegiría a Apenato, gruñón, pero muy eficaz a la hora de resolver cualquier avería de un patito o un castillocar... o quizá a Mansuetudo, muy hábil con los Asteroides de todas clases... o al mismo Fidelis, experto transmisor. Era difícil que eligiera uno de los tres mecanoservus vírgenes guardados en el depósito, y ganados en los últimos combates de Sir Agavance.

—Vamos allá, viejo Mágico. Sí; ya sé, ya sé... Aún no es hora. Pero quiero ver cómo arreglan la sala...

Mientras caminaban por el pasillo central hacia la sala de armas, yendo Mágico, respetuosamente, unos pasos detrás de su amo, ni una sola vez se volvió la mirada de Peter hacia la indigna vegetación y roquedales que bordeaban la carretera. Solamente en una ocasión en que cruzaron con el desvío en trébol de la Avenida Aldebarán, los ojos del joven giraron un poco para observar un gran castillocar, con las armas de Sir Bel Amour Irascoratus, que se movía lento en el cruce, cediéndoles, según el Código del Honor, el derecho de prioridad. El viejo mecanoservus, mientras seguía a su amo, pensó que si no era elegido, tendría ocasión de ver colgar el escudo en losange de la doncella Guiomar le Percutens, que pronto cumpliría los diecisiete años. Este recuerdo reanimó sus ancianos circuitos. Sí; pronto colgaría ese escudo al lado del de Sir Agavance, indicando que allí

había una doncella presta para hacer el amor y transformarse en dama, con el tratamiento de Lady, y cambiando el escudo en losange por otro ovalado, como a las señoras correspondía. Y si era elegido por Peter, no le importaba; bastante sería su felicidad con seguir al joven amo, ya caballero y con su título de Sir.

En la sala de armas, cuidadosamente aislada del exterior, sin ventana de ninguna clase para que los eventos que en ella se desarrollaban normalmente tuvieran un carácter más solemne, Apenato y Fidelis, mecanoservus del castillocar, habían retirado las mesas y ordenado las sillas junto a las paredes. Pendían de éstas suntuosas colgaduras de brocado, representando escenas de justas y combates. La de la derecha mostraba en vivos colores una lucha entre dos castillocar, con los nobles caballeros en los mandos de la terraza y las lanzas flamígeras llameando al viento. La de la izquierda representaba el hecho legendario que valió al caballero Sir La Cote Latipole el título de señor de la Rueda; la apertura de varios asteroides *cibi* que permanecían cerrados pertinazmente. Se veía en el brocado, claramente, al caballero en la cima de su castillocar, violentando con la lanza de garfios, hábilmente manejada, la puerta de acero de un asteroide. No se sabía bien si era un asteroide *cibi*, o un asteroide *combustionis*, ya que con adecuada honestidad, rayana en la más extrema delicadeza, el artista no había reproducido el interior de las murallas circulares. Los cronicones decían que se trataba de asteroides *cibi*, y así debía ser. Por otra parte, el ángulo inferior izquierdo del tapiz mostraba una pequeña pila de cajas de cartón, botes de conserva y guirnaldas de sobres de plástico, con alegres leyendas explicando su contenido; de forma que la alusión resultaba clara hasta para el más lerdo.

Los dos mecanoservus, Apenato y Fidelis, habían preparado la pequeña tarima desde donde Sir Agavance iba a impartir la nueva dignidad, y el almohadón de terciopelo púrpura donde el joven Peter debía arrodillarse. En una

consola, igualmente cubierta de terciopelo, reposaba la espada láser de Peter, a la que éste había bautizado *Old Edsel*, por consejo de Mágico. Durante un instante, Peter pensó viéndola, que le hubiera gustado mucho llamada Excalibur. Su aventajada conciencia borró rápidamente ese blasfemo pensamiento, casi increíble en un joven de noble nacimiento y destacadas dotes. Sólo el mítico Rey Arturo tenía tal espada, y solamente él podía haberle dado tal nombre. Con reverencia, Peter hizo el signo de guerra, pidiendo perdón desde lo más hondo de su alma por un pensamiento tan pecaminoso.

Fidelis estaba preparando también la conexión del transmisor, con el cual, a través de las palabras pronunciadas por Sir Agavance, debía cerrarse la ceremonia.

Hubo un ligero choque que hizo temblar todo el castillocar. Fidelis quedó quieto durante un par de segundos, escuchando en su interior una retransmisión de onda corta.

—Mi señor —dijo después, dirigiéndose a Peter con voz llena de respeto—. Han llegado tus primos Sir Belcarrere de Adange y Lady Demulcella Espidinous, junto con sus honorables hijos y sobrinos... Han conectado su magnífico castillocar con el de vuestro dignísimo padre, y avanzan a través del pasillo central.

Como de costumbre, no fue preciso que Mágico recordase a Peter lo que la etiqueta imponía. No se consideraba correcto que el neófito esperase a los invitados en la sala de armas, su aparición debía efectuarse en el último momento, cuando todos estuvieran reunidos.

—Vámonos, Mágico —dijo Peter—. Acompáñame a la terraza; veremos desde allí cómo van llegando todos.

—Como tú mandes, amo.

Una escalera de caracol, oculta de momento por un pesado tapiz de seda, ascendía a la terraza del castillocar. Sintiendo en su rostro el fresco aire del amanecer, Peter caminó hacia la proa, y se inclinó sobre la barandilla de metal. Abajo, el firme gris de la amplia calzada corría suavemente,

a cuarenta por hora, bajo el chato frente almenado del vehículo, mientras las grandes ruedas giraban sin cesar. Se sintió feliz. Aun cuando dentro de unas horas sólo tendría un patito a su disposición, algún día, en el futuro, sería dueño de un castillocar tan grande como éste, o quizá más, tal vez como el de Sir Sagrivan le Miraculous, el caballero más feroz y temido de todo el reino. A través del blindado y transparente parabrisas vio la figura plateada del mecano-servus Mansuetudo, atento a los mandos y presto a cumplir matemáticamente los preceptos del Código del Honor.

Se volvió hacia atrás, dejando que el ligero viento de la marcha azotase su dorado cabello. Mágico, un tanto preocupado por su seguridad, estaba aferrado con sus manos de metal a la almenada barandilla. Observó el centro de la terraza, donde se alzaba el cuadro de mandos de duelo y el brazo articulado que manejaba la lanza flamígera, ahora en reposo y plegada a un costado del castillocar. También su patito, conseguido lentamente, ganando torneos de neófitos, ayudando en la cocina y en las reparaciones, tenía este mismo mecanismo, si bien no de tanta envergadura.

Oyó un rugir sordo, y otro castillocar, un poco más pequeño que el de su padre, adelantó correctamente por la izquierda, haciendo sonar ligeramente el cuerno de caza. Apenas pudo distinguir los escudos, pero vio que había dos en losange y uno ovalado, aparte del correspondiente al caballero del castillocar, lo que indicaba claramente que había dos doncellas vírgenes y una dama que deseaban los favores amorosos de un buen caballero. Sintiendo una ráfaga de ternura, Peter se llevó la mano al corazón, imaginando a las doncellas hermosas y jóvenes, y a la dama más madura, pero también muy bella, y con más experiencia en ese tipo de lides.

Un sonar plateado de trompas heráldicas advirtió la aproximación de otro vehículo. Ya eran varios los adheridos a la trasera del de Sir Agavance, dejando libre al patito, que corría rebotando sobre sus seis ruedas. Éste que se